

Miguel Casellas

Cuatro cuentos breves

La mecedora

En mi condición de parasicólogo, me pidieron que «limpiara» una casa abandonada en la ciudad de Salta. Un interesado ofrecía una fuerte suma por ella; pero los propietarios sabían que nadie podía pasar una noche allí estando en su sano juicio. O sin ser parasicólogo, que viene a ser algo parecido.

A las seis de una cálida tarde, mientras aspiraba los aromas tropicales del valle de Lerma; introduje la llave en la cerradura de la alta portada señorial coronada por un escudo de armas ya casi indescifrable. La hoja de pesado nogal se abrió con un largo quejido raspante, y una bocanada de hedor a mauseo saltó sobre mí.

Como no había luz eléctrica, encendí mi gran linterna de tres elementos y avancé por el vestíbulo. Contra las gruesas paredes los sillones fraileros de altos espaldares tallados parecían reunidos como para un juicio. Casi me pareció ver a monjes con cogulla mirándome severamente. Al frente, un gran óleo ennegrecido mostraba a una monja abrazando los pies de un Crucificado que chorreaban sangre. Tropecé con un pesado escabel y trastabillé hasta la habitación siguiente. Una ancha mesa ovalada la ocupaba casi por completo rodeada de sillas de cedro oscuro. Me apoyé sobre el asiento de una de ellas —cuero repujado en oro, cubierto de polvo— y paseé mi luz por el entorno. Las paredes, cubiertas a medias por tapices, llegaban hasta el alto techo de vigas y tejuelas encaladas. Del centro pendía un farol morisco de vela, con policromos vidrios emplomados. A cada lado, dos enormes armarios exhibían sus frentes recargados como un altar de Berruguete.

Salí de allí, entre quejidos del maderamen de los pisos y entré en la cocina. Sobre el tenebroso hogar de piedra aún pendía de la ganchera un embutido de cerdo momificado; y sobre la trébede, el ollón de hierro contenía un fondo de agua podrida, donde sobrenadaban los cadáveres de varias cucarachas. En la pared, un almanaque llevaba la fecha de 1962. A un lado, tras la puerta, un patio.

En un pasillo, otra puerta se abrió bajo presión con un lúgubre quejido. Y allí encontré el lugar que yo buscaba: el cuarto de los niños. El sitio donde una criatura había muerto en forma tan horrible como inexplicable. El lugar donde, según las consejas de los últimos habitantes, la entidad astral hacía sus apariciones.

Miré a mi alrededor. Un corralito se erguía sobre la apolillada alfombra y, más allá, un andador de mimbre. Ambos, seguramente, habían ayudado a la criatura a dar sus primeros pasos. En el suelo, la cabeza de cartón pintado de un caballito se enastaba en la varilla que montaría un pueril jinete. Y desde un estante, los ojos fijos de varios espantables muñecos de loza pintarrajeada me miraban fijamente. Toqué uno de ellos, y el vestido lleno de alforzas y volados se deshizo entre mis dedos. En un rincón de la sombría cámara, una pequeña silla hamaca parecía esperar el cuerpecillo que nunca se mecería en ella.

Encendí el filamento fluorescente de mi linterna y la coloqué sobre el estante. Después, de pie en el centro del cuarto, comencé a invocar a la entidad astral. Al rato, capté los ya familiares signos de una presencia. Susurros intraducibles cruzaban el aire, que se iba haciendo cada vez más frío. Un crujido atrajo mi curiosidad hacia uno de los rincones: la mecedora se estaba moviendo.

El nombre del niño había sido Paul. Lo pronuncié hasta asegurarme de haber captado su atención. Después, le expliqué lo que quería: que ascendiera a planos astrales superiores y abandonara este espacio físico. Nada había para él aquí. Y un rato después, la silla dejó de moverse. Sentí que la presencia había abandonado el lugar. Con un suspiro de alivio tomé mi linterna y salí de la casa. Mi trabajo había concluido.

El estornudo

Sentado en el frío guardacantón de piedra, el marqués de La Tremouille-Sardain, señor de Brest y Gastoigne, leía su libro de cabecera: un gastado volumen en octavo, *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis.

De pronto, todo su organismo preanunció un nuevo acceso de su mal. Apenas tuvo tiempo de extraer el pañuelo de fina batista para aplicarlo en su nariz, cuando un par de tremendos estornudos sacudieron su delicado cuerpo.

Mientras guardaba el género en una de las holgadas mangas de su chaqueta verde, recibió de las damas y caballeros que lo rodeaban el consabido «Dios os guarde, Monsieur». Agradeció y continuó su lectura, a la espera del nuevo acceso del incurable mal contraído en las húmedas crujías de la Cárcel del Temple, donde todos aquellos aristócratas esperaban su sentencia. El «incurable mal» era, naturalmente, un resfrío tan común y corriente como el de cualquier villano, pero al marqués le gustaba marcar diferencias.

Una nueva interrupción le hizo levantar la vista. Uno de los guardias *sans culottes* venía a avisarle que en la reja alguien lo aguardaba. Parsimoniosamente, fue a ver.

Un hombre robusto, totalmente vestido de negro, lo saludó. La Tremouille lo conocía de vista: era Monsieur de Paris, el verdugo.

—Ciudadano, me habéis hecho venir; estoy a vuestro servicio.

—Os agradezco, buen hombre. Sabed que soy en extremo delicado y sensible. He oído historias terribles de lo que vuestro instrumento, en manos inexpertas, puede hacer en un hombre: mandíbulas quebradas, cuero cabelludo arrancado, cabezas sin acabar de seccionar, lo que obligó al oficial a faenar al desdichado como una res...

—Ciudadano, nada de eso os ocurrirá; estaréis en las manos más expertas de la ciudad: las del señor San-Son, vuestro servidor.

—Perdonadme un instante, amigo mío —imploró el noble, y un poderoso estornudo casi rebasó la amplitud del pañuelo bordado con monograma.

Tras recibir el «Dios os guarde» del verdugo, extrajo y puso en sus manos una pesada bolsa de monedas de oro:

—Buen hombre, confío en vuestra habilidad, y quiero premiarla desde ahora.

Los ojos del empleado de la Comuna relucieron de avaricia:

—Señor... quiero decir, ciudadano... os garantizo que no sufriréis dolor alguno. Tan sólo quizás, una leve sensación de frío en la nuca. Usad, ese día, una peluca corta, si os place. Ah, y por vuestro bien, cuando yo os avise, privaos de estornudar. Madame la Guillotine es tan delicada, tan sensible, que las vibraciones más leves, en el momento de ser accionada, pueden descentrar su mecanismo.

Tras despedirse con expresiones de mutuo respeto, ambos se separaron.

El empleado público volvió a sus ocupaciones, y el marqués a su librito.

Dos días más tarde, el nombre del señor de La Tremouille era leído en una larga lista. Interrumpiendo su partida de cartas, se despidió cortésmente de todos y partió para subir a la rechinante carreta que lo llevaría a la Plaza de la República.

Con ánimo, subió los escalones del cadalso, y mientras era atado a la tabla basculante, su antiguo conocido tuvo tiempo de susurrarle:

—Recordad, ciudadano: ni el menor dolorcillo; pero eso sí, contened el estornudo.

Aguardó, con los ojos fijos en la multitud que esperaba su ejecución desde abajo (infaltables las horribles «lameguillotinas», viejas que mientras hacían calceta se entretenían en contar cada cabeza cortada). Esperó un rato largo. Abajo, el público había enmudecido. Por fin, sin poder contenerse, habló:

—¿Y, amigo mío? ¿Para cuándo?

—Ciudadano, estáis servido —contestó de atrás la conocida voz.

—¿Cómo es eso? ¿Os burláis de mí, vive Dios? —se exasperó el marqués.

—Señor, estornudad si os place.

La Tremouille estornudó. Y su cabeza rodó y cayó en el cesto.

Miserere

Durante todo aquel día de otoño de 1814, los zapatos claveteados del sargento Leutrec habían levantado polvo en el camino que iba de Toulouse a Montaubon. Durante horas, su única compañía habían sido las cornejas que graznaban desde esqueléticos árboles. El resto —aldeas abandonadas; eriales arruinados; aquí y allá, una cabaña donde mujeres flacas y miserables se ocultaban al verlo pasar; algún perro hambriento— era lo que quedaba tras la opresión de los Luises, la Revolución y las campañas napoleónicas, en casi toda Francia.

Pero el sargento Leutrec veía muy poco de esto. Tras la explosión de un mosquete —que además le costó tres dedos de la mano—, un parche negro reemplazaba su ojo derecho, y el izquierdo había quedado seriamente dañado. Además no oía bien las cornejas: veterano desde Austerlitz, en 1805, hasta Vitoria, en 1813, el persistente cañoneo había terminado por deteriorarle los tímpanos. Ahora, inútil para el servicio, volvía a su hogar mendigando mientras marchaba.

El frío cierzo otoñal que hacía temblar al veterano bajo su raído capote se fue convirtiendo en desatada tormenta. Viendo ante sí una oscura sombra, corrió en busca de refugio. Tanteando, halló una brecha en una abadía arruinada, y se sumió en las sombras del largo corredor.

Siempre a tientas, avanzó hasta lo que parecía un resplandor al final. Tropezando sobre las ruinas, desembocó finalmente en la gran nave de la capilla. Ennegrecida por el incendio, estaba brillantemente iluminada, aunque no se veía el origen de la luz. Tampoco bancos, ni altar, ni imágenes.

Instintivamente, se volvió. Una doble hilera de frailes vestidos con sus hábitos venía hacia él portando antorchas. Como si no notaran su presencia, pasaron a su lado. Los dañados oídos del sargento alcanzaron a captar un coro, que también era ruego y esperanza: *miserere nobis, miserere...*

Impulsivamente, Leutrec se aproximó al último de la fila. Su ruda mano de soldado oprimió el brazo que sostenía el hachón:

—Perdonadme una palabra, padre mio... —alcanzó a susurrar. El fraile ni se volvió. El brazo oprimido, antes de hacerse polvo entre los dedos

de Leutrec, le recordó, a su tacto, al esqueleto en la tumba: *pulvis et umbra*.

Aterrado, el soldado miró en el interior de las cogullas. No había nada dentro de ellas. Sólo profundas sombras, sombras de la muerte.

Tropezándose, el francés huyó asustado entre las tinieblas hasta llegar a la entrada de la derruida abadía. Y mientras corría buscando algún refugio cercano, en medio de los cárdenos relámpagos, seguía oyendo el susurro del más allá: *Ten misericordia de nosotros, Señor; ten misericordia...*

Matildita, la bibliotecaria

Para los más jóvenes, era «la señorita Matilde», o simplemente, «señorita». Para sus compañeras y los mayores, en general, «Matildita». Huérfana desde los veinte años, vivía sola en el pequeño y bonito chalet que al morir le legara la tía que la crió. Su vida transcurría, a los veintiocho, entre un Segundo Grado de la Escuela N° 16 y su trabajo como bibliotecaria en el Centro Cultural Empleados de Comercio. Fuera de eso, se dedicaba a cuidar sus plantas y sus pájaros.

Pero entendamos. Matildita no era ningún ratoncito de biblioteca. Alta, delgada y garbosa, practicaba gimnasia jazz tres noches por semana; y el brillo moruno de sus ojos y cabellos, y la vivacidad de su carácter —sus alumnos bien lo sabían— denunciaban a sus ancestros andaluces.

Y Matildita tenía un sueño, como todo el resto de la comunidad hispana de Tres Arroyos: conocer la tierra de sus mayores. Pero, a diferencia de todos los demás que un año u otro viajaban a la Península, por razones económicas, era un sueño inalcanzable para ella. Al menos, por ahora. Quizá algún día...

—No bajés los brazos, hija mía —le insistía doña Clara, cada vez que ayudada por sus bastones ortopédicos entraba en la biblioteca. Sentada aguardaba que Matildita le consiguiera la última novela de Corín Tellado—. Miráme a mí, que llegué a esta tierra a los veinte años; junto a mi marido, luchamos como leones para salir adelante, y cuando lo conseguimos, ya era tarde. El pobre murió reventado de trabajar, y yo, con mi salud, ya no puedo ir a parte alguna.

Un día doña Clara no fue a renovar su libro. Y como ya tenía fecha vencida, la estricta andaluza fue a tocar el timbre de la sombría casona; y tras un breve cabildeo con Ofelia, el ama de llaves con cara de Gorgona, fue introducida en el dormitorio donde doña Clara convalecía de un ataque cardíaco.

—Era lo esperado, Matildita —susurró, mientras las nudosas manos seniles acariciaban un robusto y manoseado volumen—. Pero mientras tanto, sin moverme del lecho sigo viajando y soñando.

Y le mostró el título del libraco en desvaídas letras doradas: *Viajes por España*.

Se oyó el timbre, y la Gorgona asomó para avisar la llegada del doctor Jiménez, el joven cardiólogo. Cuando Matildita hizo el ademán de retirarse, la anciana agregó:

—Quedáte, quedáte un ratito más, hija mía. Es cosa de rutina, y son tan pocos los que vienen a verme...

El doctor Jiménez era alto, usaba lentes y no llegaba a la treintena. Ya sobre el final de la visita, amenazó a Matildita:

—Si me sigue usted llamando «doctor», yo la llamaré «maestra-bibliotecaria», Matilde. Así que dígame Claudio. Recuerde, como el emperador rengo, el que «claudicaba»...

—Pues usted de rengo no tiene nada... Claudio —rió ella.

Y como ya era de noche, le ofreció llevarla en su auto. Por el camino, ella se enteró de que era soltero, jugaba al tenis y que le encantaría conocer España.

Desde entonces, cada semana, Matildita le llevaba a doña Clara otra novela de Corín Tellado, y

retiraba la ya leída. Y casi siempre, casualmente, se encontraba con el doctor Jiménez, que la acercaba a su casa.

Una mañana, mientras presenciaba una lucha fatal entre sus alumnos y los logaritmos, la secretaria vino a buscarla. La llamaban de la dirección. Allí estaba Claudio muy serio:

—Matilde, es nuestra amiga, doña Clara. Ella... falleció anoche. Se fue muy suavemente, mientras dormía.

Y de pronto, Matildita se vio envuelta entre los brazos de Claudio, mientras los sollozos la sacudían convulsivamente. Sin soltarla, el médico le susurró al oído:

—Como ella y yo sabíamos que esto ocurriría, me dejó un encargo para usted, Matilde. Es este paquete.

Tras comprometerse a pasar por ella a las cuatro para el sepelio, el doctor Jiménez se retiró. Y ella tomó el grueso paquete envuelto en papel madera y atado con hilo sisal. Con letra pequeña y temblorosa, decía: «Matildita, con esto, haz tus sueños realidad». Aprovechando que estaba sola en la dirección, lo abrió.

Adentro, el viejo y manoseado libro de viajes por España, que tantas veces viera en manos de doña Clara. Con los ojos nublados por las lágrimas, levantó la ajada tapa.

Y se quedó helada. La anciana había recortado cuidadosamente un profundo rectángulo entre las páginas del anticuado libro. Y en él había cincuenta billetes de mil dólares.